

LA VIDA HUMANA ES SAGRADA

Premios Nobel de la Paz

**(HUMAN LIFE IS SACRED)
(LA VIE HUMAINE C'EST SACRÉE)**

Septiembre 2001

Una petición de moderación y un llamamiento a la acción en un momento de crisis, por ocho premiados con el Nobel de la Paz.

Nos sentimos muy tristes por los trágicos sucesos ocurridos el martes 11 de septiembre en Nueva York y en Washington, D.C. No podemos, todavía, concebir la magnitud de los hechos, pero queremos expresar nuestro temor a que la respuesta sea una escalada de violencia.

Presentamos nuestro más profundo y sentido pésame a las familias y amigos de las víctimas y al pueblo de los Estados Unidos. Nuestras oraciones os acompañan en este difícil período de luto y tristeza. Los varios actos de coraje por parte de los equipos de rescate y la generosidad de vuestros conciudadanos son una fuente de inspiración para todos nosotros.

El respeto por el carácter sagrado y la inviolabilidad de la vida humana es un principal artículo de fe presente en cada una de las mayores religiones del mundo. Nos sentimos reconfortados por las expresiones espontáneas de solidaridad de millones de hombres y mujeres de buena voluntad, de cualquier origen y de cada continente, como así también por las manifestaciones de los muchos líderes políticos y religiosos de todo el mundo contra este terrible acto de terrorismo.

No hay nada que pueda perdonar un hecho que ha costado la vida de miles de inocentes. Los perpetradores de este crimen deben ser identificados y presentados a la justicia. Al mismo tiempo, sabemos que administrar justicia a los responsables no resolverá las cuestiones profundas de las causas del terrorismo cuyas raíces se encuentran en la injusticia social económica y política. En este sentido, somos conscientes de que cada día víctimas inocentes sufren y mueren en diferentes partes del mundo, por el crimen de haber nacido en un lugar particular, o bajo una determinada religión, o con un cierto color de piel.

En este momento de crisis estamos enfrentados

a un desafío cuyo resultado podría determinar el futuro de este primer siglo del nuevo milenio. La Asamblea General de las Naciones Unidas ha declarado los primeros diez años del siglo XXI como la Década para la Cultura de la Paz y la No-Violencia para los Niños del Mundo (2001-2010). Creemos que ha llegado el momento de poner en práctica esta decisión.

Muchos han comparado el ataque al World Trade Centre y al Pentágono con el ataque en Pearl Harbour. Pero no estamos en 1941. En los últimos 60 años hemos aprendido muchas duras lecciones sobre la espiral ascendente de la violencia y se nos ha desorientado con falsas expectativas de la capacidad del poder militar para resolver los problemas. Lamentablemente, nuestros líderes políticos continúan tomando decisiones que provocan confrontación en lugar de negociación. El resultado ha sido más muerte y destrucción, y un mayor sentimiento de miedo, ansiedad y desesperanza en todos nosotros.

Por lo tanto, dirigimos un llamamiento a la comunidad mundial, y especialmente al pueblo estadounidense, a asumir el desafío que se les presenta en medio de la adversidad. Reconocemos la necesidad de responder rápida y decisivamente a estos terribles actos de terrorismo. Sin embargo, pedimos al gobierno estadounidense el abstenerse de una represalia militar. Todas las acciones deben realizarse conformes a las leyes internacionales y de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas. En cambio, solicitamos a las Naciones Unidas el organizar en un futuro cercano:

- Una conferencia internacional sobre el terrorismo que investigue las causas de su origen, proponga medidas para orientar esas causas y suministre criterios internacionales para garantizar que se cumplan los requisitos de seguridad y que los perpetradores de tales actos sean llevados a la justicia.
- Un día internacional de conmemoración para todas las víctimas del terrorismo con manifestaciones públicas de solidaridad y programas de educación para la paz y en los principios de la no-violencia en las escuelas y universidades.

El terrorismo amenaza los meros principios a los cuales nuestras sociedades aspiran y que se

encuentran albergados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La mejor respuesta a aquellos que quisieran debilitar la democracia y las reglas de la ley, es la de reafirmar esos mismos valores e instituciones.

En conclusión, solicitamos a los gobiernos y a los pueblos del mundo el tomar medidas concretas para desarrollar una Cultura de Paz y No-Violencia. La respuesta de los Estados Unidos y sus aliados no debe estar guiada por un deseo ciego de venganza, sino por una determinación renovada para trabajar por un mundo justo y en paz.

El único gran mal que debe ser combatido no es uno u otro grupo de personas, sino el miedo y el odio que siguen enraizando en los corazones humanos.

Mairead Corrigan Maguire, Nobel Peace Prize 1976

Betty Williams, Nobel Peace Prize 1976

Adolfo Pérez Esquivel, Nobel Peace Prize 1980

Desmond Mpilo Tutu, Nobel Peace Prize 1984

The 14th Dalai Lama (Tenzin Gyatso), Nobel Peace Prize 1989

Rigoberta Menchú Tum, Nobel Peace Prize 1992

Joseph Rotblat, Nobel Peace Prize 1995

Jody Williams, Nobel Peace Prize 1997

September 2001

An Appeal to Restraint and a Call to Action in a Moment of Crisis by eight Nobel Peace Prize Laureates.

We are greatly saddened by the tragic events which took place on Tuesday, September 11th, in New York and Washington, D.C. We cannot yet fathom the magnitude of what has happened, and yet we feel impelled to speak in light of what we fear may be an escalation of violence in response.

We extend our deepest sympathies and heartfelt condolences to the families and friends of the victims and to the people of the United States. Our prayers accompany you in this difficult period of loss and mourning. The many acts of courage on the part of the rescue teams and

the generosity of the citizens of your cities and towns are an inspiration to all of us.

Respect for the sacredness and inviolability of human life is a principal article of faith in each of the major world religions. We are heartened by the spontaneous expressions of solidarity by millions of men and women of good will, from all backgrounds, on every continent, and by so many religious and political leaders through the world who have spoken out against this barbarous act of terrorism.

There is nothing which can condone an act which has cost the lives of thousands of innocent people. The perpetrators of this deed must be sought out and brought to justice. At the same time, we know that administering justice to those responsible will not resolve the deeper questions of the causes of terrorism. In this regard, we are mindful that every day innocent victims suffer and die in many parts of the world, their only crime being born in a particular place, or into a particular religion, or with a certain skin colour.

In this moment of crisis we are confronted by a challenge whose outcome may determine the future of this first century of the new millennium. The UN General Assembly has declared the first ten years of the 21st century to be the Decade for a Culture of Peace and Nonviolence for the Children of the World (2001-2010). We believe that the time has come to implement that decision.

Many have compared the attack on the World Trade Centre and the Pentagon to the attack on Pearl Harbour. But this is not 1941. In the past 60 years we have learnt many hard lessons about the downward spiral of violence and have been misled by false expectations about the ability of military power to solve problems. Sadly, our political leaders continue to take decisions which produce confrontation instead of negotiation. The result has been more death and destruction and an increasing sense of fear, anxiety, and hopelessness among us all.

We therefore call upon the world community and especially upon the American people to take up the challenge which is presented to them in the midst of adversity. We recognise the need to respond quickly and decisively to these terrible acts of terrorism. Yet we appeal to the American government to refrain from military retaliation. Any actions taken must be guided by international law and fall within the bounds of the United Nations Charter. Furthermore we call upon the United Nations to organise in the very near future:

- An international conference on terrorism which will investigate its root causes, propose measures to address those causes, and provide international standards to ensure that security needs are met and that the perpetrators of such acts are brought to justice.

- An international day of commemoration for all the victims of terrorism with public manifestations of solidarity and programs for teaching peace education and the principles of nonviolence in schools and universities.

Terrorism threatens the very principles to which our societies aspire and which are enshrined in the Universal Declaration of Human Rights. The best response to those who would undermine democracy and the rule of law is to reaffirm those very values and institutions.

In conclusion, we call upon the governments and peoples of the world to take concrete steps in developing a Culture of Peace and Nonviolence. The response of the United States and its allies should not be driven by a blind desire for vengeance, but rather a renewed determination to work for a peaceful and just world.

The single great evil that must be opposed is not one group of people or another, but rather the fear and hatred that continue to find root in human hearts.

Mairead Corrigan Maguire, Nobel Peace Prize 1976

Betty Williams, Nobel Peace Prize 1976

Adolfo Pérez Esquivel, Nobel Peace Prize 1980

Desmond Mpilo Tutu, Nobel Peace Prize 1984

The 14th Dalai Lama (Tenzin Gyatso), Nobel Peace Prize 1989

Rigoberta Menchú Tum, Nobel Peace Prize 1992

Joseph Rotblat, Nobel Peace Prize 1995

Jody Williams, Nobel Peace Prize 1997

Septembre 2001

Un appel de huit prix Nobel de la paix à la mesure et à l'action dans un moment de crise.

Nous sommes profondément attristés par les tragiques événements qui ont eu lieu le 11 septembre à New-York et Washington D.C. Nous ne pouvons, à l'heure actuelle, mesurer l'amplitude

de ce qui s'est passé et nous nous sentons forcés de nous exprimer car nous craignons que les réactions n'entraînent une spirale de violence.

Nous transmettons notre sentiment de profonde sympathie et condoléances aux familles et amis des victimes, ainsi qu'au peuple américain. Nos prières vous accompagnent dans cette difficile période de perte et de deuil. Les nombreux actes de courage des équipes de secours et la générosité des citoyens de votre pays sont une source d'inspiration pour chacun d'entre nous.

Le respect du sacré et de l'inviolabilité de la vie humaine est un fondement essentiel de la foi dans chacune des grandes religions dans le monde. Nous nous sentons encouragés par l'expression de solidarité spontanée de millions de femmes et d'hommes de bonne volonté, de tous milieux, de chaque continent et par tant de leaders religieux et politiques qui se sont prononcés contre cet acte de terrorisme barbare.

Rien ne peut justifier un acte qui a coûté la vie de milliers de personnes innocentes. Les responsables de ce crime terrible doivent être recherchés et présentés à la justice. En même temps, nous savons que la condamnation des coupables par la justice ne résoudra pas les problèmes plus profonds qui sont à l'origine du terrorisme et qui trouvent leur source dans l'injustice sociale, économique et politique. Nous avons particulièrement à l'esprit les innocentes victimes qui, chaque jour, souffrent et meurent dans de nombreux endroits du monde, le seul crime qu'elles ont commis étant celui d'être nées dans un endroit particulier, d'être adepte d'une religion particulière ou d'avoir une certaine couleur de peau.

En ce moment de crise, nous sommes confrontés à un défi dont les conséquences pourraient déterminer le futur du premier siècle de ce nouveau millénaire. L'assemblée des Nations-Unies a déclaré que la première décennie du 21^{ème} siècle serait la « décennie de la paix et de la non violence pour les enfants du Monde » (2001-2010). Nous pensons qu'il est temps d'appliquer cette décision.

Nombreux sont celles et ceux qui ont comparé l'attaque du 11 septembre à l'attaque de Pearl Harbour. Mais nous ne vivons plus en 1941. Pendant les soixante dernières années, nous avons appris beaucoup de dures leçons en ce qui concerne la spirale destructrice de la violence. De même, nous nous sommes fourvoyés en attendant du pouvoir militaire qu'il soit en mesure de résoudre des problèmes. Malheureusement, nos

dirigeants politiques continuent à prendre des décisions qui encouragent la confrontation plutôt que la négociation. Il en résulte plus de morts, de destruction ainsi qu'un sentiment croissant d'insécurité, de peur et de désespoir chez chacun d'entre nous. Chaque action entreprise doit être réalisée de manière conforme au droit international et à la Charte des Nations-Unies.

Ainsi, nous appelons la communauté mondiale et tout particulièrement le peuple américain à relever le défi qui leur est posé au coeur même de l'adversité. Nous reconnaissons le besoin d'agir rapidement et d'une façon décisive contre ces actes de terrorisme. Toutefois, nous enjoignons le gouvernement américain d'éviter tout acte de représailles militaire.

Par contre, nous demandons aux Nations Unies d'organiser dans un futur très immédiat:

- Une conférence internationale sur le terrorisme qui devra analyser les causes profondes du terrorisme, proposer des moyens pour appréhender ses causes, établir des standards internationaux de sécurité et garantir que les criminels soient traduits en justice.
- Une journée internationale de commémoration des victimes du terrorisme, avec des manifestations publiques de solidarité et l'organisation de programmes d'éducation à la paix et à la non violence dans les écoles et les universités.

Le terrorisme menace les principes les plus fondamentaux auxquels aspire notre société, principes qui font partie intégrante de la Déclaration Universelle des Droits de l'Homme. La meilleure façon de répondre à ceux qui veulent

miner la démocratie et son cadre juridique est de réaffirmer ces valeurs et les institutions qui les garantissent.

En conclusion, nous appelons les gouvernements et peuples du monde à entreprendre des démarches concrètes pour développer une Culture de la paix et de la non violence. La réponse des Etats-Unis et de ses alliés ne devrait pas être guidée par un besoin aveugle de vengeance, mais plutôt par une détermination renouvelée de travailler en vue de la paix et de la justice dans le monde.

Le grand démon qui doit être combattu n'est pas un groupe de personnes ou un autre, mais plutôt la peur et la haine qui continuent à germer dans les coeurs humains.

Mairead Corrigan Maguire, Nobel Peace Prize 1976

Betty Williams, Nobel Peace Prize 1976

Adolfo Pérez Esquivel, Nobel Peace Prize 1980

Desmond Mpilo Tutu, Nobel Peace Prize 1984

The 14th Dalai Lama (Tenzin Gyatso), Nobel Peace Prize 1989

Rigoberta Menchú Tum, Nobel Peace Prize 1992

Joseph Rotblat, Nobel Peace Prize 1995

Jody Williams, Nobel Peace Prize 1997

